

## Un negocio sorprendente

En una ocasión me propusieron un negocio interesante. Una pareja aficionada a mis relatos me envió un correo muy correcto. Querían su propio cuento erótico. Mejor: querían ser los protagonistas de uno de mis cuentos eróticos. Yo debía verles. Debía presenciar un encuentro amoroso para después contarlo y quizás publicarlo. Les hacía ilusión, decían, mostrar sus habilidades y disponer de su propia historia. Con suma educación, pero con un castellano reducido, comparaban mis escritos a obras de arte (solo yo sé la ilusión que me hizo) y al igual que hay mecenas que buscan artistas para que immortalicen sus cuerpos con pinturas o esculturas, a ellos les apetecía que yo escribiese sobre su intimidad.

Al principio pensé que era una broma, pero en cuanto hablé con ellos me di cuenta que no era la clase de gente que se anda con chiquitas. Eran personas de peso, mentes cerebrales, de esas que jamás se retrasan en una cita u olvidan ponerse desodorante por las mañanas. Eran una pareja de excéntricos forrados de pasta, de condición intimista

Hablé con ella, su voz grave y sensual, con acento alemán me dejó impresionada. Parecía una mujer con mucha clase. Tenía muy claro lo que quería y su deseo estaba centrado en su intelecto, no en su pasión. Era una mujer hermosa y bien cuidada, nórdica grandota sin un gramo de más, de pelo rubio casi albino, cejas y pestañas del mismo color. Me explicó que ambos eran mirones. Su hobby veraniego consistía en ir con su yate surcando las playas nudistas del Mediterráneo y desde el barco espíar a los y las bañistas desnudos con sendos catalejos que tenían bien instalados en la popa. Algunas veces bajaban y paseaban por la playa, desnudos y sin complejos, pero su gusto era más mirar que ser vistos. Por ello les encantaba el erotismo escrito. En palabras de ella “esss como espíarr como lo hacen otrros, las fantasías de los otrros”, por ello leían con fruición biografías íntimas al estilo “Miedo a volar” de Erika Jonh y les gustaban mis relatos narrados en primera persona. Sin embargo querían dar un giro a su erotismo, querían desarrollar su parte exhibicionista.

— Crremoss que es horra de saltar la barrrrerra de mirarr, ahora nos toca mostrarr, y nos parece bien empezar a enseñarr nuestra intimidadd con usted, una mujerr con interés arrrtístico.

Qué gracia que considerase mi interés artístico, mi mayor interés era sin lugar a dudas morboso.

— Crrreemos que usted puede mirarr y nosotros estaremos cómodos y rrelajados.

— Por supuesto intentaré ser discreta y adaptarme a vuestros deseos, ¿Te molesta que nos tratemos de tú? Dada la intimidad que vamos a compartir me parece más adecuado.

— Sí...bueno, lo consultarré con mi esposo. Pero quiero dejar claro que usted no participarría en nuestrros juegos amorrosos. Le enviarrremos por escrrrito nuestrras condicionesss, y serrría bueno que usted expusiese la suyas

— Me parece correcto, en cuanto me envíen las características de nuestro encuentro, yo les contesto.

— Nuestrro interrés está en que usted mirre, pero no se comunique con nosotrrros. Usted se mantendrría a una distancia adecuada, que podemos fijar en dos metros, si le parece.

¡Qué exactitud!, pensé.

— Sí, me parece correcta la distancia de dos metros.

— ¿Ha tenido usted alguna experriencia similar anterrriormente?

— Pues de ese modo, previamente pactado no, pero he presenciado sexo en directo en varias ocasiones y después he escrito sobre ello.

— Sí, hemos leído.

— Me gustaría que hablásemos del relato...¿Os gustaría de algún estilo en concreto?

— No, en principio nos gustarrría que fuese su propia inspiración la que le guiase — la alemana insistía con tratarme de “usted”, lo que dejaba claro el tipo de relación que le apetecía entablar— Quizá podrrríamos pactarr el número de páginas. Nosotrrros hemos pensado en veinte páginas mínimo por una sola carrra a doble espacio.

— Me parece correcto, dije al tiempo que interiormente me sorprendía de nuevo por la

precisión.

— En cuanto a sus honorarios, le llamaré nuestro abogado para negociar ese asunto y cualquier cláusula que quiera usted incluir.

— Muy bien, reflexionaré sobre ello, dije mientras pensaba que me tenía que agenciar un abogado cuanto antes.

— Mañana le llamaré mi marido para seguir concretando si le parece bien.

— Ok, mañana

— ¿A qué hora le va bien?

— A las doce.

— Pues a las doce le llamaremos.

— Hasta mañana, pues.

— Hasta mañana.

Al día siguiente a las doce en punto, ni un minuto más ni un minuto menos, sonó el teléfono.

— Buenas tardes, dijo una voz germana, grave, fría y seca.

— Buenas tardes, dije intentando que no se me notase lo seca que se me había puesto la garganta.

— Soy Herr M., ayer habló usted con mi esposa.

— Sí, sí, claro, esperaba su llamada.

— Le voy a concretar las características que nos gustaría que nos gustara nuestro encuentro. Todo lo que digamos quedará escrito en papel que nuestros abogados se encargarán de formalizar, si le parece bien Nosotros le pagamos el viaje en avión y la estancia en nuestra casa del sur de Italia, dos, tres o los días que le haga falta para inspirarse. Nuestro interés es el que usted sea una espía de nuestra rutina, que conviva con nosotros unos días como si usted fuera un fantasma, observando sin ser vista en la medida de lo posible. Querremos que vea nuestro modo de vida todo lo que hacemos, por supuesto relaciones

sexuales incluidas.

— Ajá...

— No entra dentro del pacto el que usted espíe nuestrrras entradas en los rretrrretes.

— No, no, claro.

— Salvo eso, usted puede moverrrse por nuestrrra casa y verrrnos, pero nuestrro interrrés está en que usted se mantenga callada y discrreta para que podamos sentirnos naturrales.

— Mire, Herr.M. Le voy a ser sincera. En la situación que me plantea, temo encontrarme en su casa a merced de que ustedes puedan dañarme de alguna manera, tengan en cuenta que no les conozco...

— Ya hemos pensado en ello, si usted lo desea, podemos firmarr ante notarrrio que usted pasará unos días en nuestra casa, y le haríamos un seguro por si sufrriera usted algún daño. Nuestro interrrés está en que usted se sienta cómoda e inspirrada.

— Me parece estupendo.

— Pero rrecuerde, no estamosss interresados en una invitada a la que darr converserrración, tan solo una obserrrvadorrra. ¿Desea usted prreguntarr algo?

— Pues en este momento no se me ocurre, pero reflexiono sobre todo esto y mañana volvemos a hablar.

— Le rrrecomiendo que vaya a un notarrrio de su confianza, nuestro abogado se pondrrrá en contacto con él.

Al día siguiente me asesoré bien y mi abogado y el suyo elaboraron un minucioso contrato. Hicimos un seguro magnífico, si me pasaba algo esos días mis herederos serían millonarios, las condiciones eran todas de alto standing, volaría en primera clase, me recogería el chófer, tenía derecho a llevar acompañante, el acompañante debía dormir en el ala del servicio y tendría con él breves contactos diarios, podría llevar teléfono, portátil, libretas y libros, pero no podría llevar cámara de fotos o de video. La duración era de cinco días. El precio del escrito sería pagado con generosidad y me comprometía a dejarlo en sus manos una vez estuviera finalizado. Ellos decidirían

si lo publicaban o no. Por ambas partes teníamos derecho a clausurar el contrato si no nos sentíamos a gusto. Si los que rescindían eran ellos, me pagarían igualmente, si era por mi parte, cobraría por cada día trabajado. En cuanto a las características de mi estancia, quedó todo bien claro. Pondrían una cama para mí a dos metros de distancia de la suya, de modo que yo dormiría en su habitación, separada por una cortina, pero bajo ningún concepto intentaría acercarme a ellos ni hablarles, salvo causa mayor. Me pondrían así mismo un asiento en su “gran” dormitorio e iluminarían tan sólo su lecho, de modo que yo quedaría sumida en la oscuridad, con una pequeña luz que enfocase mi libreta de notas.. No debía hacer ruido ni desconcentrarlos. Las comidas las haría en la misma sala que ellos pero en otra mesa. Hablarían español entre ellos, lo cual no les importaba porque estaban habituados a hacerlo. Cuando estuviesen en los alrededores de la piscina exterior, yo podría usarla, pero solo cuando ellos no estuvieran inmersos, tendría que aprovechar los ratos que tomaban el sol. Si ellos estaban desnudos, yo debía hacer lo propio, si se ponían bañador, yo también. Yo tendría derecho a abrir la nevera y coger lo que me apeteciese en cualquier momento, también podía beber alcohol, pero no estar ebria. Si yo era fumadora, podía hacerlo en el exterior de la casa, pero jamás en el interior. No se me permitía hablar con el personal del servicio, que por otra parte intentarían que esos días se limitase a estar presente lo imprescindible. Yo debía caminar por la casa descalza o con zapatillas bajas que no hiciesen ruido, además dispondría de mi propio baño. Si sentía alguna necesidad no calculada con anterioridad, llamaría a un número de teléfono que se me facilitaría el primer día de mi estancia. Me atendería su hombre de confianza, de modo que podría contarle cualquier percance. Salvo causa mayor debería evitar dirigirme a ellos.

Esa era su fantasía. Se convirtió en la mía.

El viaje se organizó un mes más tarde. Mi acompañante, que además es mi socia, venía encantada porque no conocía la zona del sur de Italia donde estaba la mansión del matrimonio alemán. Ella dispondría de estancia, coche y comida, y vigilaría por mí, de que todo dentro de la casa estuviese en orden. Así que allá nos fuimos muy contentas e ilusionadas en clase business. Nos esperaba en el aeropuerto un chofer guapetón italiano con un cartel con nuestros nombres escritos y

unos pantaloncitos cortos blancos muy monos, que resaltaban el bronceado de las atléticas piernas del honorable descendiente de Adonis, que coqueteó con nosotras cuanto quiso desde el primer minuto y sonreía seductor desde el espejo retrovisor cumpliendo a pies juntillas el estilo ligón italiano. A mi amiga le vendría de perlas tener un acompañante tan apuesto en los días de mi reclutamiento y desde luego ella lo tenía claro. Miraba al tipo con ojos de admiración absoluta y me daba unos codazos en el asiento trasero de la berlina que tuve claro que la prioridad de mi colega en este viaje no iba a ser cómo marchaba mi trabajo de observadora sexual, sino que estaría centrado allí, justo en el apetecible bulto que mostraba el italiano guapo en el centro de sus shorts blancos immaculados. De modo que me encogí de hombros y cedí el terreno, no sin cierta envidia porque el tipo estaba para mojar pan. Ella se frotaba las manos ante la perspectiva de cinco días de asueto acompañada de un bombón italiano.

— Si le pones un disco en la mano, es “El discóbolus”, no el griego de Mirón, el otro, el más cachas, el romano, me susurró.

— No te vayas a enamorar que te complicas la vida.

— ¿Quién coño habla de amor?

La mansión era para caerse de culo, enorme y con gusto, mediterránea con solera y alto diseño a un tiempo. Los jardines floridos y la piscina de formas curvas, un sueño. El chófer me dejó en la puerta de la casa grande y se fue a llevar a mi socia a los apartamentos de la zona trasera.

— Ciao ragazza!!, me dijo el bombón con una sonrisa de oreja a oreja.

— Ciao bambina!!, dijo mi socia guiñándome un ojo.

— Ciao, contesté cuando ya la berlinga arrancaba y se los llevaba.

Respiré hondo antes de llamar a la puerta. Me abrió un tipo escultural con cara de cerdo vicioso.

— Pase por favor, dijo en perfecto castellano, soy el hombre de confianza de los señores. Ellos me han pedido que le enseñe la casa y le recuerde los estatutos.

Era un tipo correcto y amable, pero tenía un rostro de perverso lamecoños que me

inquietaba. Me repitió paso a paso lo que ya sabía, cuáles eran mis funciones y dónde podía y no podía ir. Hizo de cicerone con frialdad y escepticismo... pero los ojitos le brillaban como si estuviese todo el tiempo reprimiendo una carcajada.

— Ahora debo irme, señorita. Por favor, póngase cómoda y baje al salón principal, ellos estarán allí.

— Estupendo, muchas gracias.

— No hay de qué. Suerte, y me miró con ojos de saber.

Me cambié a todo meter, mi indumentaria la tenía bien estudiada, un pijama de lino flojo, blanco, cómodo y discreto.

Bajé por las amplias escalinatas que separaban la parte alta de la casa, llena de dormitorios de la parte baja que consistía exclusivamente de un porche y un inmenso salón con diferentes ambientes. Un amplio arco separaba el salón de la cocina soleada y allí estaban ellos, en silencio cascando nueces y metiendo las cáscaras en un boll, y los frutos en otro. Estaban en pie a los lados de un mostrador evidentemente tensos, con la mirada fija en las nueces. Sonaba música de Vivaldi. Me senté a mucha distancia, al otro lado del salón y me quedé ahí, mirando. Ellos ni levantaron la cabeza, aunque era evidente que sabían de mi presencia. Cuando terminaron de pelar todas las nueces, se dirigieron a los fogones con el claro propósito de cocinar un pastel.

Era un matrimonio tímido, se veía a la legua, estudiosos y reconcentrados. De clase alta intelectual, introvertidos y austeros. De esa gente muy rígida que toma las decisiones después de meditar profundamente, con principios morales un tanto maniqueístas y filosofía kantiana. El salón tenía toda una pared a rebosar de libros en cuatro idiomas diferentes, muchas colecciones eróticas y también tratados de filosofía. Había además muchos tomos de mecánica industrial, con lo que supuse que alguno de los dos se dedicaría a ello. Un gran estante hacía esquina y rebosaba dvds, cintas de video y discos en vinilo. Había pocos adornos, pero eran de gran calidad y buen gusto artístico.

Me sorprendía su frialdad y el distanciamiento entre ambos, como si cada uno viviese su

vida a solas y el otro fuese un compañero lejano aunque estaban haciendo el pastel al unísono. Uno cascaba los huevos, el otro batía la mantequilla. Desde luego estaban muy bien coordinados y no tropezaban, cada uno tenía claro qué debía hacer para realizar el dichoso pastel.

— No conozco a nadie que se les parezca, pensé, y me motivó el reto.

Su cultura germana, sin dudas los hacía distintos, también su clase social y su temperamento. No me parecieron feos, en las fotos se veían peor, eran de cuerpos poderosos y firmes, altos de pieles rosas, pieles blancas acostumbradas a la brisa mediterránea. Vestían como cruceristas, de pantalón corto blanco, camiseta de media manga no especialmente favorecedora, calcetines y sandalias, los dos muy parecidos. No es una estética que me vuelva loca, pero estaba dispuesta a dejarme llevar por el erotismo de esa gente extraña y fría. La verdad es que estaba loca de contenta. Me sentía excitada ante la perspectiva de mi nuevo negocio. Nunca lo había pensado antes, pero esa podría ser la profesión de mis sueños. Yo, una voyeur artista, pagada por observar en primera fila a amantes apasionados ansiosos por inmortalizar sus momentos más felices. Yo, una artista mimada por los más ricos y poderosos libertinos del mundo, viajando a través de océanos y continentes para sentarme en la alcoba perfumada de algún pintoresco palacio y deleitarme, inspirarme con besos ajenos, miradas y caricias. Describiría esos episodios con pelos y señales y con sumo placer. Después les pediría permiso para publicarlos, o se los enviaría, para su deleite privado... Me llamarían incluso famosos ególatras, músicos o divas con despampanantes partners, quizás me llamarían poderosos políticos y viajaría con escolta. Me llamarían play boys y ricachonas. Todos querrían tener su propio escrito, su cuento de amor. Se convertiría en moda, como lo fue en su momento contratar artistas de streep-tees en las despedidas de solteros. Me saldría competencia, lo cual siempre es un signo de que el negocio marcha bien. Yo impondría mis condiciones, esto es, no escribiría lo que a mis clientes les gustaría escuchar sino que me inspiraría en sus gestos y acciones y dejaría volar mi imaginación. Algunos se sentirían defraudados, porque tengo un instinto especial para detectar infractores, fingidores, buscadores compulsivos de su propio placer, engaños solapados o mentiras piadosas. A algunos de mis clientes no les convencería el

resultado. Yo me curaría en salud y cobraría el cincuenta por ciento por adelantado, el resto lo recibiría tan solo si quedaban satisfechos. ¿A qué pareja no le gustaría, por ejemplo, contar con una redacción minuciosa de su noche de boda, o de su veinte aniversario y poder leerlo con los años? ¿A quién no le gustaría tener guardado en un cofre cerrado la historia de sus besos más apasionados? Algunos le tomarían afición y me llamarían en repetidas ocasiones, de modo que finalmente podrían encuadernar un libro completo de sus hazañas privadas. Conocería gente interesante y anodina, con los que me resultasen sensibles, eruditos o simpáticos podría permanecer una semana completa, para que me detallaran todos los intrínquilis de su pasión. A los otros los despediría pronto con una disculpa. A alguna pareja que encontrase receptiva les pediría, con mucho respeto, si podía sentarme en su cama, para ver más de cerca.

— Me gustaría poder oler, ello me ayudará en la descripción.

— ¿Podría tocar? Necesito saber con exactitud la textura de vuestra piel.

Estaba tan entusiasmada con mis fantasías que descuidé la necesaria observación a mis clientes. Habían puesto a cocer el pastel y se iban a la piscina. Los seguí a distancia.

Se desnudaron de espaldas a mí, él se quedó con un slip al estilo nadador, de licra negra, ella con una braguita de nilon también negra que favorecía, en su brevedad, a su culo más bien anchote y plano. Se lanzaron a la piscina, se tiraron nadando media hora bien a gusto mientras yo me asaba en una tumbona. Al salir de la piscina los vi bellos. Ahora que podía verla a ella de frente, así, toda mojadita, parecía una mujer imponente, con grandes tetas de pezones erizados y vientre macizo. El también lucía tipazo con su micro bañador encima de dos piernas robustas. El bulto del bañador era prominente. Se secaron con las toallas, se acercaron el uno al otro, se dieron un pico breve, apenas chocando los labios, se deshicieron de sus bañadores, los pusieron a secar y se recostaron en dos tumbonas que estaban a mi derecha, a unos cuatro metros. Ahora estaban desnudos tan solo con sus gafas de sol que me impedía ver hacia donde dirigían su mirada. Yo permanecía todavía con mi pijama y recordé el estatuto número siete: si ellos se desnudaban, yo también. La verdad es que no había reflexionado demasiado en ese apartado del contrato, metida

como estaba en el tío-vivo de la fantasía, pero ahora me percaté de que era un estatuto un tanto inadecuado. Por un momento me arrepentí de no haber modificado ese apartado, no me apetecía nada desnudarme, me tomé un rato para mentalizarme, me animó que ellos eran ante todo mirones, y ver mi cuerpo en cueros seguro que les estimulaba, seguro que relajaba en ambiente.

Dejé de mirarles, me puse en pié, me saqué primero los pantalones, luego la camisa, las bragas y el sostén, por ese orden. Me senté al borde de la piscina con los pies dentro del agua. Tanto por mi parte como por la suya, estábamos muy tensos, con desconfianza. Me puse en pie y me paseaba como mi madre me trajo al mundo por el borde de la piscina, permitiendo que observasen mi silueta por delante y por detrás.

— Es como si fuesen autistas, me decía, un autista al que no puedes manifestarle el cariño mediante un abrazo, pero hay que buscar maneras.

Esta me pareció una buen modo para entablar relación, una relación animal al estilo Sigurney Weeber en “Gorilas en la niebla”, mostrándome tal cual soy, sin inclinar el trasero hacia atrás y el pecho hacia delante para parecer más exuberante, me paseaba frente a ellos para que vieses en mi una mujer pacífica. Cuando el paseo fue lo suficientemente duradero, me lancé al agua y nadé unos cuantos largos. Salí y me recosté en una tumbona que estaba a dos metros del matrimonio.

Me fijé entonces que ella llevaba el pubis depilado y solo lucía un bigotito rubio justo al final de la raja. Él iba afeitado al completo.

Me tumbé.

Él no esperó ni un minuto para comenzar a hablar y no se anduvo con chiquitas.

— Me apetece follarr.

— ¿Te ha puesto cachondo la escrrritora, eh?

— Y a ti.

— Es cierrrto, está buena.

— Tiene morbo.

— ¿Por dónde te gustaría metérsela?

— Mmm.. su culito me tienta, también su boca.

— Tiene cara de viciosa eh?

— Apostaría que su coño está chorreando como el tuyo.

Cuando los escuché hablar de ese modo de mi persona me ruboricé, mis sentimientos oscilaban entre el halago y la indignación, su comportamiento rallaba la mala educación, pero era excitante. La polla de él comenzó a crecer con esos comentarios, a crecer y a hinchar y hacía honor al resto de su cuerpo de miembros amplios.

— ¿Y tu chocho cómo está?, dijo el alemán al tiempo que introducía dos dedos en la raja de ella y comenzaba a hurgar como si estuviera escarbando arena.

— Ya sabes como soy querrrido, contestó ella tomando con su mano el miembro rosa de su esposo y le daba masaje delicado arriba abajo.

Ahora él había abierto francamente los labios del sexo de la alemana y los exponía al sol, con la clara intención de que yo pudiese comprobar a plena luz del día cómo estaba formada la fisonomía de su mujer. Tenía una concha bonita, con los labios de fuera abultados y los de dentro prominentes, de color rojo brillante.

No me miraba, cada uno de ellos tenía la mirada puesta en el sexo de su compañero y permanecieron así un largo rato, diciendo groserías.

Ella estaba recostada de lado con una pierna elevada para permitir pleno acceso a su esposo, ahora él introducía dos largos dedos en la gruta de su mujer a buen ritmo. Con la otra mano pellizcaba los pezones de ella, los pellizcaba y tiraba de ellos hacia fuera. La alemana cerró los ojos y comenzó a emitir unos gemidos reprimidos, con los dientes muy apretados.

— Córrrrrete — decía él, — ¡córrrrrete ;

Se corrió, comenzó a menear las caderas mientras su marido frotaba vigorosamente. Me pareció un orgasmo breve, no creí que ella se hubiese dejado ir del todo.

— ¿Quierrres que te la mame?, preguntó ella cuando hubo finalizado sus espasmos.

— No. Me rrrreservo.

Se tumbaron y pude ver como el miembro del pervertido iba menguando a pleno sol.

— Debería tomar notas de todo lo que sucede, me dije, luego pensé que no era necesario, no me iba a olvidar de nada.

Parecía que habían caído en un largo letargo, pero entonces él se levantó y pasó por delante de mí, altivo y orgulloso. Fue a la zona ajardinada y comenzó a hacer flexiones y ejercicios, mostrando su musculatura y su fuerza física, después se dio un chapuzón, salió y se puso de pie frente a mí a unos dos metros para pajearse, para que se pusiese dura de nuevo. Yo allí quietita, haciéndome la dormida con las gafas de sol puestas y los ojos entornados. Me estaba poniendo nerviosa la situación, y es que hay que verse allí, desnuda, tumbada en el jardín de unos desconocidos con el señor de la casa cascándose a mi costa y la mujer durmiendo como una marmota unos metros más allá. El también llevaba gafas de sol, de modo que no podía ver hacia donde dirigía su mirada, pero resultaba más que evidente que era a mí a quién miraba. No se me pasó por la cabeza que el hombre fuese a tocarme, me sentía segura en ese sentido. Mi mente práctica pronto conjuró los sentimientos de vano pudor y dejé que la situación me erotizase. Decidí abrir un poco las piernas para que el hombre tuviese una visión agradable. Se estaba haciendo una manola ahí frente a mí, y yo disimulaba. Cuando la tuvo bien firme, tiesa como un palo, se dirigió a su mujer, que mostraba el trasero, se sentó entre sus nalgas y comenzó a forcejear para entrar. Tal y como estaba colocado, pensé que pretendía una penetración anal, y efectivamente, así era. Tomó un bote de crema, untó generosamente la raja de la dormilona, y apuntaba su flecha al centro de la diana sin conseguir que aquello penetrase ni medio centímetro. A los dos minutos la mujer se digna a elevar el culo y él queda de rodillas detrás de las nalgas abiertas. Ahora el empuje adquiere vistosos beneficios y en cinco embestidas tiene la mitad dentro. Ella resopla muy comedida y disimuladamente gira la cabeza para ver si sigo estando en mi tumbona, después vuelve a girarla, contenta de tenerme como mirona. Él hombre empuja suavemente, haciendo circulitos, se separa, mete la mano en el coño de su mujer, toma un poco de miel y la esparce por el agujero posterior a

modo de lubricante. Ahora empuja más fuerte, ya tiene tres cuartos dentro, ella comienza a gemir, ahora con la boca abierta, las tetas le cuelgan en esa posición, él alcanza una de ellas y la exprime como si estuviera ordeñando.

— Zorrrrra, dice él con la voz tomada.

— Follame cabrrrrón..

Él se sonrió casi imperceptiblemente y me miró de reojo, cabalgaba a su potra con cuidado para no hacerle daño, con cuidado pero sin perder tino, cada vez estaba más dentro, ya tenía casi todo aquel palo dentro.

Me daba envidia, pero no tanta, la verdad es que consideraba mi situación privilegiada, ahí tumbada viendo un espectáculo tan calentorro, “soy una voyeur de la cabeza a los pies”, pensaba.

Ahora el alemán la tiene bien ensartada y ella aúlla como una mona, pero su cuerpo está inmóvil, de tal modo empalado, él le pellizca las cachas y los pezones, se mete los dedos en la boca, se los baba y frota esos pezones con la humedad de su saliva. Ahora sus movimientos de pelvis se vuelven ágiles.

— Me voy a corrrrrer en tu culo.

— Córrete cabrrrrón para que te vea la escritorra.

¡Vaya si lo vi! Sus movimientos se volvieron breves y contundentes, después secos y firmes, la mandíbula se le dislocó y cerró los ojos con fuerza, pude sentir como lanzaba su chorro en las profundidades de su mujer. Después la escultura que formaban se desmoronó y transcurrieron unos instantes en los que nadie sabía qué hacer. Después se levantaron, se dieron una ducha, primero él, luego ella. Se secaron con la misma toalla y fueron desnudos a la cocina a preparar la cena. Volvieron a repetir el ritual silencioso de elaborar manjares, sin duda les gustaba el buen comer, los productos con los que trabajaban eran de primerísima calidad. Sacaron tres filetes de pato rojo, mientras él hacía una mezcla de especias, aceites y vinagres perfumados, ella cortaba con maestría de chef en pedazos finos una alegre macedonia de frutas frescas y enlatadas. Después espolvoreó por encima albahaca, perejil y un pelín de canela y cubrió la mezcla con una espuma

esponjosa. Él dejó los filetes de pato adobados frente al asador. Ella descorchó dos botellas de chateaux Margot, dejó una en su mesa y otra en la que se suponía sería la mía, a unos dos metros de la principal. Encendió velas y las colocó en ambas mesas. La vajilla era de porcelana de Sargadelos, un diseño escueto blanco y azul. La cubertería de plata brillante y las copas de cristal de Bohemia. Se me hacía la boca agua con los perfumes que llegaban a mi pituitaria despertando los sentidos. Todos esos preparativos minuciosos estaban ejerciendo en mí una ansiedad similar a cuando vas a tener una primera cita con un hombre. Se habían puesto unos mandiles lisos, pero nada vestían por debajo, sus traseros estaban expuestos a mi visión. Hasta las cachas de esa pareja se me antojaban elegantes ahora.

Cuando todo parecía estar listo dijo ella:

— Vamos a vestirrrrnos.

En silencio se lavaron las manos y partieron a su cuarto, por supuesto yo detrás. La alcoba tenía una gran pared de cristal desde el cual se veía el mar, estaba decorada en tonos pastel. Había dos camas de dos metros por dos metros cubiertas por doseles vestidos de cortinas de seda, el suelo parecía forrado de algodón de fino y delicado. Al fondo estaban los vestidores. Ella abrió un gran armario de espejos y buscó. Sacó un corsé de raso violeta y azulón, ribeteado de puntillas y con lazos anudados a la espalda. Una pequeña falda trasera cubría la mitad de su culo. Él le ayudó a vestirlo, ajustándolo bien por detrás al estilo Escarlata O`Hara.. Los zapatos eran de aguja finísima y dejaban ver todo el empeine. Se puso gomina en el pelo limpio y lo peinó hacia atrás, pegado al cuero cabelludo. Escogió pendientes colgantes azules y gargantilla a juego. Se le veían casi todos los pechos, el corsé se limitaba a alzarlos obscenamente. Se pintó los labios y los ojos. Parecía otra. Estaba imponente. Cuando hubo terminado se metió dos bolas chinas de plata en su vagina y partió hacia el salón sin esperarnos, ni a él, ni a mí.

El alemán se vistió bastante hortera, pero le quedaba bien. Se puso un chaleco de cuero ajustado, un aro en el lóbulo de la oreja izquierda, y dos muñequeras de cuero. Entonces se puso delante del espejo y comenzó a menearse la polla.

— Qué obsesión, pensé.

Me sentía excitadísima con los tejemanejes de la parejita de viciosos. Cuando la verga estaba en pleno fulgor, se insertó un aro hasta la misma base del carajo, lo apretó bien, de modo que estaba ahorcando su miembro que ahora parecía a punto de estallar. Me dan mal rollo estos aparatos que estrangulan el falo con el propósito de que la sangre se mantenga ahí, y con ella una turgente erección. La sangre no puede salir, supongo que tampoco entrar... Pero el alemán se sentía muy contento con su porra asfixiada, y yo me limité a encogerme de hombros. Luego vistió unos pantalones de seda flojos, negros como el cuero, y se dirigió al salón con un aparatoso bulto en el centro de sus ingles.

A todo meter recogí mi melena y me calcé un pantalón corto rojo de raso y una blusa de encaje semitransparente del mismo color, zapatos altos a juego, pendientes y collar, pinté mis morros de frambuesa, tomé mi libreta de apuntes y bajé al comedor.

La cena estaba servida y los comensales en su puesto. Mi plato lucía delicioso y la copa estaba llena, con mi botella al lado. Me senté frente a ellos, de modo que podía verles de perfil, uno frente al otro, pero francamente en estos momentos me tentaban más las delicatessen de mi plato que el matrimonio así que comencé a saborear.

Ellos también tenían apetito y no abrían el pico más que para meter bocado, masticaban con calma y se miraban a los ojos largamente, haciendo gestos de aprobación...aquello estaba para chuparse los dedos. Él permanecía empinado cual torre Eiffel, los pezones de ella también disparaban al frente. Cuando ya el apetito iba menguando dijo ella:

— Se ha puesto guapa la escritorrria.

□ Me gustarrrrría que se quitarra esa camisa y dejarra ver sus tetas.

Dudé un segundo, pero pronto me animé, ayudada sin dudas por el excelente Margot.. Me puse en pié, desabroché mi camisa de tres botones y la dejé caer al suelo.

— Me gusta verrrr los pezones de las mujerres mojados de vino tinto.

Ella no se hizo de rogar, metió los dedos en la copa y comenzó a masajear sus pezones con

el exquisito caldo. Yo la imité. El se levantó, tomó los platos, primero los de ellos y después el mío. Se acercó a mi mesa por un lateral y alcanzó mi plato con su mano mientras su bulto chocaba contra el mantel de la mesa.. Volvió con el postre, el pastel de nuez picada cortado en dados escanciado en licor y crema de vainilla. Los traía servidos en copas de porcelana, adornados con hierbabuena.

Ella y yo todavía masajéabamos nuestros pezones con el vino tinto, pero los abandonamos sin pena en cuanto tuvimos el postre delante de nuestras narices. Qué bueno.

No bien había terminado el último bocado, el marido se levantó, separó la silla de su mujer, se arrodilló enfrente y comenzó a lamerle el higo como si no hubiera probado bocado en días. Ella se dejaba hacer al tiempo que daba pequeños sorbos de vino a su copa. El alemán lamía como poseso, moviendo toda la cabeza y haciendo ruidos groseros, un chof chof de líquidos y fluidos chapoteaban entre sus labios. Movía el culo mientras tenía la cabeza allí metida, movía el culo como si estuviera follando y la polla saltaba, aprisionada en el aro que el semental se había ensartado. Durante un momento se separó para desabrochar los pantalones y dejar que éstos cayeran luciendo de ese modo su estupendo garañón ante mí.

A mí me picaba la vulva, para qué negarlo, y mantenía las piernas apretadas, aprisionadas en los pantalones ceñidos. Supuse que no les importaría si yo misma me acariciaba, de modo que con esa jovialidad que da en buen vino, bajé mis pantalones, abrí las piernas y comencé a masturbarme como suelo hacer. Como lo hago no tiene nada de original, frotó mi clítoris con dos dedos, el índice y el corazón, y lo alterno con la introducción de esos mismos apéndices en el agujero. Las dos nos corrimos al alimón tan ricamente.

Me encontraba de un humor excelente y me hubiese gustado charlar con ellos, pero en cuanto terminó el episodio sexual se dirigieron al equipo de música a escoger melodía y se tumbaron en el sofá a escucharla con los ojos cerrados. Luego follaron en el sofá, al día siguiente pude ver cómo lo hacían en su dormitorio, con todo tipo de posturitas, también comprobé sus habilidades al hacerlo en la piscina, y en las escaleras, incluso me mostraron cómo puede hacerse entre las redes de la cancha de tenis. Además de copular ellos y tomar nota yo, comíamos

opulentamente al desayuno, al almuerzo y a la cena.

Era una pareja peculiar, la de los alemanes excéntricos, no se dirigían la palabra, ni siquiera se besaban, practicaban todo tipo de juegos elaborados, pero eran mudos el uno al otro, al menos en los días que compartí con ellos. En absoluto eran cariñosos, pero no podría decir que mal avenidos, pese a que se acoplaban y acoplaban varias veces al día no me parecía que hubiese ni amor ni pasión entre ellos. En las pocas ocasiones que se hablaban era para proponer un nuevo menú para la cena, o para hablar de mí, de lo cachonda que debía estar y las ganas que debía tener de macho.

— Cuando vuelva a su casa, va a llamar a seis señorrres para que la follen bien.

— Se la van a meterr hasta por las orejas.

— Va estar toda sucia de semen.

— Se muerre por tu polla.

Desde luego yo andaba caliente, aliviaba mis ardores en la medida de lo posible, pero para ser franca diré que tenía muchísimas ganas de un buen polvo.

Ellos lo sabían y jugaban con ello, ya hacia el final de mi estancia, me miraban directamente a los ojos al cabalgar, él me miraba babeante de deseo, pero jamás se acercó ni me invitaron a unirme en su cama, se lo suplicaba yo con la mirada, pero no sucumbieron a la tentación.